

## **SANTA EMERENCIANA 2025**

En las redes sociales abundan frases como: “Estamos aquí para ser felices”, “Disfruta la vida al máximo”, “Solo se vive una vez”. Y es cierto que en todas ellas hay una parte de verdad. Pero los mártires, como nuestra patrona Santa Emerenciana, nos recuerdan con su testimonio que existe otra dimensión más profunda de la verdad: la vida cobra sentido cuando somos capaces de entregarnos, de sacrificarnos por los demás, por bienes más altos, por la verdad, por la justicia, por Dios.

Estoy convencido de que, si miramos con atención nuestra propia historia, encontraremos rostros concretos de personas que se han sacrificado por nosotros: padres, abuelas, maestras, amigos, compañeras de trabajo que renunciaron a sus intereses y caprichos para abrirnos un futuro de esperanza. Y también estoy seguro que también nosotros, en mayor o menor medida, nos hemos sacrificado por alguna persona, por algún ideal, por Dios.

La Palabra que hemos proclamado nos interpela con fuerza y nos recuerda, a través de imágenes provocadoras, la llamada al sacrificio y a la entrega total de la vida. El apóstol Santiago nos exhorta: «Que el colmo de vuestra dicha sea pasar por toda clase de pruebas. Sabed que al ponerse a prueba vuestra fe, os dará aguante. Y si el aguante llega hasta el final, seréis perfectos e íntegros». El Evangelio no se queda atrás en radicalidad: «El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará». No se trata de renunciaciones tristes o inútiles, sino de decisiones valientes que nos liberan, nos hermanan y nos acercan a Dios, porque son fruto del amor, de ese amor del que habla el Cantar de los Cantares: un amor tan fuerte que nada ni nadie puede apagar; un amor más valioso que todas las riquezas.

En el contexto social actual, quiero proponerles tres renunciaciones que, lejos de empobrecernos, nos enriquecen profundamente: renunciar a la mentira, renunciar a la superficialidad y renunciar a un desarrollo económico ilimitado.

### **1. Renunciar a la mentira para superar la llamada post-verdad**

Vivimos en una época en la que la verdad parece haber perdido valor. La mentira se disfraza de opinión, se viraliza en redes, se normaliza en discursos públicos. La llamada “post-verdad” no es otra cosa que la exaltación de la conveniencia sobre la honestidad. Y esto, hermanas y hermanos, es un veneno para la convivencia, la justicia y la paz.

San Pablo exhorta a los efesios: “Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo” (Ef 4,25). Renunciar a la mentira es un acto profético. Es negarse a participar en ese chapapote social donde la falsedad no solo no se castiga, sino que a menudo se premia. Es elegir la transparencia, aunque duela; es vivir con coherencia, aunque cueste.

Es cierto que nunca conoceremos toda la verdad, pero estamos llamados a buscarla y respetarla. Porque quien ama, no engaña, no manipula. Renunciar a la mentira es el primer paso para construir una sociedad más justa, más humana, más cristiana.

## **2. Renunciar a la superficialidad para vivir con profundidad**

Aturdidos por la prisa, por estímulos constantes y por destellos que brillan pero no iluminan, necesitamos recuperar el silencio, la reflexión y la contemplación. Antes de decidir, opinar o compartir un mensaje en redes sociales, detengámonos para escuchar y pensar. Así podremos buscar la verdad y contribuir a construir fraternidad.

Jesús no vivió una vida superficial. Se retiraba a orar, escuchaba con atención, miraba con compasión. También los santos, como nuestra patrona, nos enseñan que la vida verdadera no está en el ruido, sino en el amor de Dios que se deja notar en el silencio.

Renunciar a la superficialidad exige apagar las pantallas, hacer una pausa en la productividad y abrazar el silencio, al menos unos minutos cada día. De esta manera, podremos preguntarnos no solo qué hacemos, sino también por qué y para qué lo hacemos; redescubriremos la belleza de lo sencillo, la riqueza de lo interior, la fuerza de lo espiritual; y abriremos espacios para contemplar, para agradecer, para amar.

## **3. Renunciar a un desarrollo económico ilimitado para crecer en fraternidad**

Finalmente, estamos llamados, sobre todo quienes vivimos en el primer mundo, a renunciar a un crecimiento económico sin límites. Porque el planeta sí tiene límites, porque nuestros hermanos más pobres no pueden esperar, porque las futuras generaciones tienen derecho a heredar un mundo habitable.

El Papa Francisco, en *Laudato Si'*, nos previno contra «la idea de un crecimiento infinito o ilimitado, que ha entusiasmado tanto a economistas, financistas y tecnólogos. Supone la mentira de la disponibilidad infinita de los bienes del planeta, que lleva a “estrujarlo” hasta el límite y más allá del límite».

Renunciar a un desarrollo ilimitado es optar por un desarrollo humano, integral y solidario, y poner la economía al servicio de la vida, y no la vida al servicio de la economía. Es cuidar la casa común. Es vivir sencillamente para que otros sencillamente puedan vivir. Es vivir con sobriedad, no por obligación, sino por amor.

**Conclusión.** Queridos hermanos y hermanas, estas tres renunciaciones —a la mentira, a la superficialidad y al crecimiento sin medida— no son pérdidas, sino caminos de libertad y de fraternidad que nos conducen a Dios. Pidamos al Señor, por mediación de Santa Emerenciana, que nos dé el valor de renunciar a lo que nos esclaviza, para abrazar lo que nos salva; que nos dé ojos para ver la verdad, corazón para buscar la profundidad, y manos para construir un mundo más justo y fraterno; antesala de la casa de Dios en el cielo. Amén.